La Correspondencia de España, 2 diciembre 1906

“La Vierge d’Avila” y Cunninghame Graham

De nuestro redactor en Londres

El último número de la *Saturday Review*, que es la revista de más altura intelectual de cuantas se publican semanalmente en Londres, inserta una protesta de Cunninghame Graham contra *La Vierge d’Avila*, de Catulle Mendès.

Las palabras en que está concebida la protesta son tan duras como justificadas.

Helas aquí:

«Aparte de una Biblia cómica, sería difícil imaginar nada de peor gusto que la última creación de Mme. Sarah Bernhardt, *La Vierge d’Avila*. Mucho podía esperarse del autor de *Mephistophela*; pero *La vierge d’Avila* da a su anterior obra media arroba de ventaja, y aún la gana.

»No es necesario ser cristiano, no es necesario ser creyente en lo sobrenatural para asquearse de la astracanada de los señores Bernhardt y Mendès. La Santa de Ávila, aparte de su santidad y de sus grandes facultades de organización y vida práctica, fue un verdadero artista literario. Fray Luís de León, gran poeta lírico él, dice que «el estilo de la madre Teresa fue la elegancia misma.» Nadie que haya leído sus *Moradas* o su *Camino de perfección*, dejará de percibir su preeminencia espiritual y artística. Y a esta mujer, copatrona de España como el mismo Santiago, los Sres. Bernhardt y Mendés han querido ridiculizar en su melodrama sentimental.

»Es una lástima que no hayan encontrado manera de dar una pequeña parte a San Francisco de Asís, en su sacro *Tinget-Tanget*, pues habrían así logrado ridiculizar al mismo tiempo los dos caracteres más amables que surgieron de la Edad media.

»Obrando como buenos *gabachos*, inventan para sus desgraciadas muñecas unos nombres tan extraños al idioma español como al chino.

»*Ximeira* (*sic*), esposa de Satán, acaso sea la adaptación batignolesca de Ximena, que nunca ha sido un nombre popular en España, ni aun en tiempos de Santa Teresa. Lo que *Ervann* sea, sólo Satán (o su esposa) podrá decirlo; pero el nombre suena más a bajo bretón que a castellano.

»Es difícil calcular lo que sientan los creyentes cuando sepan de tal insulto a la decencia y al buen gusto. Todo el que tenga mediana sensibilidad artística no puede menos de deplorar que los «llamados intelectuales de Paris no se unan de común acuerdo para renegar de tan pesada obra de indecente bufonería y pedir al autor que dedique su talento a escribir una Biblia cómica y rimada, en la que madame Bernhardt, para mostrarse todavía más sagrada, rechace los avances de Poncio Pilato, por ejemplo.

» Soy, señor, su obediente criado,

» R. B. Cunninghame Graham.

»P.S.- Esta mañana me escribe un español amigo mío para decirme que los de Ávila han celebrado una inmensa manifestación y procesión, presidida por el obispo, para pedir al Gobierno que prohíba se represente en España la porquería de ese Catulle Mendès, que ridiculiza a «nuestra» santa.- R.B.C.G.»

En todo el largo asunto de las mixtificaciones a que los escritores franceses se dedican cuando tratan de asuntos españoles, lo único lamentable es que un hombre como Cunninghame Graham, atraído por el título de la obra, haya perdido su tiempo en enterarse de que los personajes de esa cuasicosa se llamen *Ximeira* y *Ervann*.

Es posible que la protesta de Cunninghame Graham, secundada, como lo será de seguro, por todos los intelectuales españoles que se estimen en algo, resulte útil para sacudir el curioso letargo de aquellos compatriotas míos que todavía piden a Paris una

orientación ideal que no encuentran en España y que no saben buscar fuera de los *bulevares*.

Pero es lamentable que sea aún necesario, protestar contra las tonterías de Mendès o Méndez y de Sarah Bernhardt. Por lo que hace al cronista, le hubiera sido difícil enterarse, sin la curiosidad de Cunninghame Graham, de que hay personajes en la *Vierge d'Avila* que se llaman *Ximeira* y *Ervann*, porque nunca habría visto la obra, ni leído siquiera su argumento en las críticas de los periódicos.

Hace años se indignaba furiosamente cada vez que un autor francés decía de España las tonterías consabidas. Y se indignaba, sobre todo, porque los escritores que habían visto naranjos en San Sebastián, palmeras en Madrid, toros bravos en las calles de las villas asturianas y navajas en las ligas de nuestras mujeres, no eran desconocidos, sino los más ilustres de las letras francesas, salvo contadas excepciones, como la de Maupassant y algún otro, que no escribieron sino de lo que habían visto o concebido, pero sin falsear sistemáticamente la verdad.

Después de haberse indignado mucho tiempo contra esas mentiras, el cronista echó de ver que lo mismo que hacen esos escritores parisienes con España, lo hacen con Inglaterra, con Alemania, con Italia, con todo el mundo, y hasta con Francia, y aun con París mismo.

No se toman el trabajo de enterarse de cómo son las cosas. Suponen conocerlas por una especie de saber innato, compuesto de los prejuicios acumulados por cuatro o cinco generaciones de *badauds* parisienses, que están contentos con sus propias mentiras y solo piden a sus escritores que se las confirmen.

Consiguientemente todas sus ideas, no sólo las de España, sino todas, absolutamente todas sus ideas, son como caricaturas hechas de memoria por dibujantes que nunca han visto sus modelos.

Es inútil enfadarse contra ellos. Lo que hay que hacer es dejar de leerlos. Y eso es lo que hace el cronista desde hace varios años.

La industria literaria francesa, ya no puede llamársele arte, tiene su lugar designado junto a los casinos, las fábricas de mostaza, el vermouth, el ajenjo, los vinos de Burdeos, Borgoña y Champaña, las mujeres alegres y las modistas. No es literatura, no es arte, pero en cambio no se le pueden negar ciertas virtudes como estimulante. Si hay alguien que necesite afrodisíacos, allá él. Pero nadie que tenga en aprecio la veracidad de su entendimiento puede malgastar su tiempo en lecturas de obras en que está ausente no sólo la verdad, sino hasta el honrado deseo de buscarla.

En cuanto a los españoles, hace tiempo que no leerían libros franceses si tuvieran idea de lo que exige de cada hombre la dignidad intelectual. Siempre que los franceses han hablado de España – las excepciones son tan cortas en número, que no hay para qué pensar en ellas – nos han caricaturizado y calumniado del modo más grosero.

A pesar de ello se les ha seguido leyendo y traduciendo. ¿Por qué no se ha llegado ya a la conclusión de que los franceses son incapaces de enterarse de cómo son las cosas? Sencillamente porque hay muchos españoles que creen deber a los autores y a los libros franceses el ensanche de su espíritu hasta poder mirar las cosas desde puntos de vista distintos a los tradicionales y rutinarios.

Pues esos espíritus han de hacerse a la idea de que las ventanas francesas no dan ya al campo abierto del mundo, sino a los gabinetes reservados de los *restaurants* de Paris. Es ya inútil asomarse a ellas.

Los que quieran asomarse de veras al mundo, que aprendan el ingles o el alemán. Los que juzguen demasiado difíciles esos dos idiomas, que lean libros en italiano, en portugués o en catalán.

Pero la dignidad intelectual exige que no volvamos a leer libros franceses hasta tanto que haya un francés que escriba sobre España un libro verídico y honrado. Es lo menos que tenemos derecho a exigir de escritores que se han pasado un siglo calumniándonos.

Ramiro de Maeztu.

La Correspondencia de España, domingo, 2 de diciembre de 1908.
Digitalizado por José M. Ramos para
http://www.iesxunqueira1.com/mendes/

El Siglo Futuro, el 4 de diciembre de 1906, reproduce el artículo anterior con la siguiente introducción:

“La Vierge d’Avila” y Cunninghame Graham

Bajo este epígrafe publica antes de anoche La Correspondencia de España la siguiente protesta de Cunninghame Graham, inserta en la revista Saturday Review, de Londres, contra el gorrín drama del judío Catulle Mendès, *La Vierge d’Avila*, representado en un escenario de París por la judía Sarah Bernhardt.

Las palabras en que está concebida la protesta son tan duras como justificadas, y también muy discretas, justicia obliga a reconocerlo, las consideraciones que al pie de dicha protesta pone Ramiro de Maeztu.

Helas aquí:

…